

efecto fué, y un grande narrador, Eumolpho, muy popular y muy gustado, contó lo que sigue acerca de la inconstancia en las mujeres nativa. Penetradísimo de que sus oyentes conocían todas las viejas historias del mundo, de manos dió á todas estas, y se puso á referir sucesos de aquel tiempo suyo, cuya certeza podía demostrar con testigos numerosos. Oigámosle.

— Vivía en Éfeso una dama noble, verdadero modelo de virtud, cuyas prendas no sólo se apreciaban en la ciudad donde habitualmente vivía, traspasaban los límites mismos de ésta é iban sobre los ecos del universal renombre á esclarecer todas las conciencias y á edificar todas las voluntades con la enseñanza de los buenos instructivos ejemplos. Casada con un hombre de su predilección, vivió en los castos amores del matrimonio, y jamás osó, jamás, volver los ojos hacia otro hombre, compañera fidelísima de quien la escogiera por mujer y la tratara como una diosa. Mas como las dichas pronto se tornan desdichas, esta mujer ejemplar se halló un día viuda de aquel que la sostenía en la virtud y le ayudaba con su amor á las buenas y vivas enseñanzas. Lloróle amargamente. No se satisfizo con llorarle la viuda, le acompañó á la última morada. No se contentó con acompañarle: después de haber llorado á gritos y mesándose los cabellos con violencia, encerróse dentro del columbario, panteón, mausoleo, como queráis, donde se guardaron los amados restos, y allí quiso aguardar la muerte, á cuyo golpe debía juntarse con el malogrado marido en otro mundo mejor. Centinela devotísima de tales restos, pasaban sus días entre lágrimas y suspiros, las noches entre insomnios y sueños. Artemisa se quedó bien pequeñita delante de aquella mártir, prototipo de una fidelidad superviviente á la muerte misma. Hermosa, joven, vívida, se había enterrado como un cadáver, en su odio á una luz que no esclarecía y vivificaba al marido llorado. Sólo una de sus doncellas la acompañaba prestándole auxilio en plañir á voces, cuando se agotaban sus fuerzas, la sentida muerte, y en reatizar y realimentar las lámparas cuando sobraba pábilo y faltaba aceite. Fueron su padre y su madre á sacarla del fúnebre hogar y no pudieron alcanzarlo. Ordenaron la salida los magistrados y no se cumplieron sus órdenes. Por espacio de cinco días y cinco noches ya, la joven y hermosa viuda sólo había dado signos de duelo perdu-

rable y sólo había dejado entrever propósitos de un anticipado enterramiento voluntario. Los muchachos, cuando requerían de amores á sus novias, rogábanlas que les amasen como aquella incomparable Artemisa quería al idolatrado marido, y en los mismos castos matrimonios se deseaban unos á otros los esposos igual fidelidad á la mostrada por aquella muerta viva. Mas en tales días necesitaba el gobernador ejecutar unos bandoleros, y teniendo que crucificarlos según sentencia firme, los crucificó cerca del triste lugar donde se levantaba el mausoleo en que la viuda plañía su llorado esposo, tendida sobre aquel yerto sepulcro. Era la noche subsiguiente á esta crucifixión, y se quedó un soldado á velar los cuerpos allí enclavados para que no se los llevarsen, pues acostumbraban los deudos, parientes, amigos de los así castigados, á desprenderlos del madero, enterrándolos piadosamente con verdadero culto. Vigilantísimo el centinela por obligación, paseábase para no dormirse y dejar en el sueño inobservada la consigna, cuando vió un resplandor y oyó un gemido que salían del cercano mausoleo. Arrastrado por la curiosidad, entra con resolución en el fúnebre monumento, baja precipitado las escaleras y queda inmóvil ante una mujer bellísima, iluminada por las lámparas funerarias y parecida en aquel sitio á los manes de maravillosa hermosura venidos desde el otro mundo á éste. Mas bien pronto vió que no se trataba de ningún ser sobrenatural y aparecido, sino de una mujer hecha y derecha, que allí se mesaba los cabellos y se partía los pechos doliéndose y quejándose de su prematura viudez. Penetrado de la verdad, púsose á consolarla como pudo, diciéndole todas aquellas cosas de cajón en tales casos acerca del tributo pagadero por todos á la muerte, el cual tributo no estamos en situación de adelantar con precipitaciones é impaciencias inútiles, sino de recibir con resignación cuando se nos acabe la vida de verdad. No escuchó la viuda tales reflexiones, que creía vulgares, y tanto más lloraba cuanto mayores y más redoblados parecían los súbitos consuelos. Pero no desistió por esto el soldado; y como tuviese un buen caldero y un excelente porrón, bajó con aquellos menesteres al sepulcro, convidó á las mujeres viuda y compañera, espoleándolas con estos convites la gana, pues todo aquello trascendía de veras á gloria. Empezó por flaquear la doncella, menos afligida y más



desmayada que su señora, dándole así el humillo exhalado por la olla como el tufo exhalado por la botella un apetito de pan y trago vencedor del propósito suyo, análogo, en la natural medida, con el hecho por su ama de honrar con todos los extremos imaginables al amadísimo difunto. Así, dejando que la rogaran un poco y creyéndose á claudicar autorizada con las negativas y las resistencias de algunos minutos, á la postre cedió. y muerta más de hambre que de pena, entre pecho y espalda embauló aquellos sabrosos manjares, todos ellos rociados con un vinillo devolvedor de su tranquilidad al cuerpo y de su animación á la sangre. Por todo lo cual, sintiéndose con lo tragado muy satisfecha, después de relamido y regodeado cuanto tragara, convirtió hacia su señora la natural atención, y le recordó con empeño los derechos y exigencias de la vida que mandan el muerto al hoyo y el vivo al hollo en todas partes y en todos tiempos. Desde los senos de la eterna noche no puede una sombra exigirnos que nos convirtamos por ella en sombra también, cuando tanto tiempo hemos de tener para pasearnos todos en compañía y amor allende la tumba. Estas reflexiones de la compañera en plañidos y duelo con el contagio de los apetitos ajenos, cuando se presencia su regalada satisfacción; los vapores del vino con los tufos del guisado; especialmente las chispas lanzadas por los ojos del milite, muy encandilados con la hermosura de tan sabrosa viuda, cuyos lamentos indicaban vivo deseo del recobro de dichas recién acabadas, deseo despertado por voluptuosos recuerdos, ú otras causas, comenzaron á cuartear la fortaleza defendida tan sólo por algún que otro repulgo de empanada, más excitante que resistente á la verdad. Así, mientras la doncella tentaba con frases al ayuno estómago de la viuda, tentaba el soldado con miradas al ayuno corazón. Ni uno ni otro apetito dejaron de ceder á tales tentaciones, pues la viuda rogó á su compañera que la dejara sola y fuese al pueblo para visitar el hogar mientras ella velaba el cadáver. No lo echó en saco roto el mudo requeridor, y haciéndose el descomido, y dándose por no enterado de la notificación, acompañó hasta cierto trecho á la criada, con pretexto de dar un vistazo á sus crucificados; y enteradísimo de que cada cual estaba enclavado en la correspondiente cruz, no habiéndose cosa ninguna he-

cho por sus parientes para desenclavarlos, se volvió tan campante al mausoleo con guisado nuevo, copioso vino y resuelto amor. Ya solos, viuda y soldado cenaron á sus anchas, trincando á maravilla, con todo lo cual metieron el llorado difunto en la más honda de todas las tumbas, en la tumba del olvido. Así, nada más fácil que mujer tan bien regalada, tras la satisfacción de su hambre y la satisfacción de su sed, sintiera en aquella soledad, á virtud y por obra de los mismos recuerdos cultivados en su duelo, deseo vivo de otras satisfacciones prometidas por los ojos encendidos y los labios vibrantes y los roces continuos con su cuerpo á la descuidada del soldado enamorado, y tan fuerte y tan guapo y tan sano de suyo y tan dispuesto á las grandes sensaciones como el ya sobradamente plañido esposo. Los escrúpulos que había sentido la requerida y las resistencias que había encontrado el requirente no hicieron sino acelerar la rendición. Era casi media noche; y después de haberse tal guardián cerciorado, para entregarse con mayor libertad á sus goces, de que los crucificados estaban en su crucifijo, metióse dentro del mausoleo, cerró la puerta, y cogiendo entre sus brazos á la viuda y á besos comiéndosela, convirtió en templo del amor tal templo de la muerte. Pero no hay como descuidar las obligaciones por los placeres para que seguidamente se toquen de tamaño proceder las indeclinables consecuencias y venga el consiguiente castigo á flagelar todo criminal descuido. Después de haberse hartado, y aun dormido el hartazgo, acordóse aquel satisfecho guardián de que algo muy importante guardaba, y sin que rayase aún el alba, fuese á vigilar sus cadáveres, con ánimo de que le sobrecogiera el nuevo día en nuevos transportes. Pero apenas saliera cuando tornara, dando tumbos como si le hubiesen herido, con sus manos á la cabeza y demudado el rostro. Le habían robado un cadáver por la falta de celo dimanada de la sobra de amor, y con aquel robo le habían robado la vida, pues pena de muerte irremisible infligían las leyes á su descuido. Alarmóse muchísimo la viuda, que había encontrado aquella criminal noche de boda ilegítima excesivamente superior á la santa noche de boda legítima, y por nada del mundo se quería separar de quien así la regalaba. Pero ¿qué hacer? Conforme clareaba la riente aurora próxima, ¡oh! anocheaba el alma de tan sufrido guardia. «Si fuera yo un criminal, decía, matara el



primero que pasase de madrugada por estas sendas y poníalo en la cruz; mas, á fuer de honrado, no me queda otro remedio sino matarme.» Y sacando la espada, clavó su empuñadura en el suelo para echarse sobre la punta. Pero la viuda, como sobrecogida por una idea feliz, le apartó de la muerte, diciéndole que tomara el cadáver de su marido para la vacía cruz, en la certeza de que, no yendo nadie á reclamarlo, podía consagrarse al placer. Y enclavado el muerto, volvieron á las andadas, y gozaron sin cuidado alguno de su inesperada dicha.

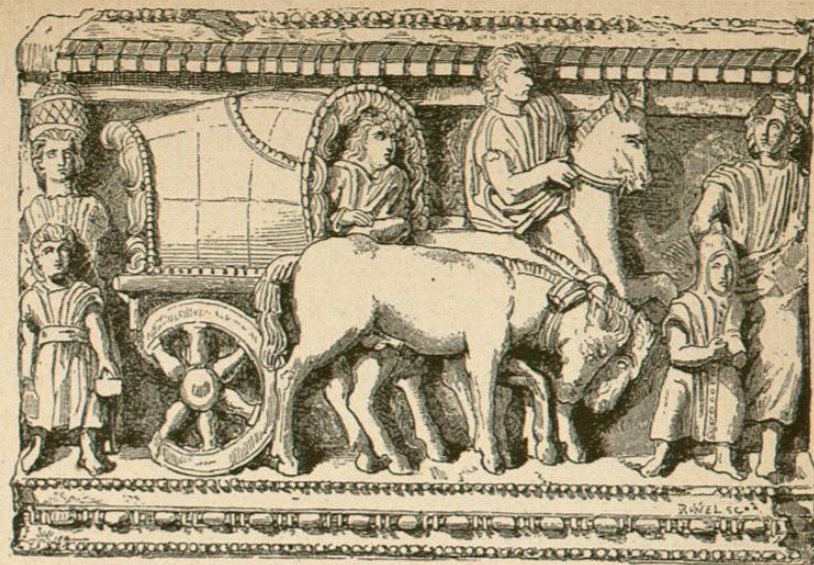
Tales cosas delante de Nerón se contaban entre los vapores de las orgías y los incendios de la carne y de la sangre. Aunque disfrazado, todo el mundo le veía tras el disfraz; y aunque de incógnito, como decimos ahora, todo el mundo lo conocía. Y como todo el mundo lo conocía, extrañaba todo el mundo que dejase decir á Eumolpho cuanto le pedía el gusto y no tomara parte alguna con sus propias recitaciones en aquella especie de fiesta literaria que había sustituido á la fiesta orgiástica. La complexión de las personas pocas veces llega en el mundo á desmentirse, y Nerón ardía en deseos de añadir algo á cuanto dijera Eumolpho, y añadirlo como cosa de su propia cosecha. Insinuólo así á los dos compañeros, y como estaban ambos allí para servirlo y el público no tenía más remedio que complacerlo, á una señal convenida de antemano con Trimalción, alzóse tranquilo el emperador, obligado por los reclamos de aquellos circunstantes, que le llamaban, como á un actor en el teatro, bajo supuesto nombre, á la declamación ampulósima en verso y prosa, entonces de verdadera moda. No se lo dejó Nerón decir dos veces, y levantándose sin más respeto á sí mismo que un supuesto nombre y un revelador disfraz, comenzó á decir cuanto le pasaba por las mientes á roso y belloso, sin ton ni son, embriagado por las risas y por los aplausos que enloquecen y acompañando por una música griega muy suave y melodiosa que le prestaba la engañosa ilusión de hallarse allá en Atenas, entre coros y espectadores de una verdadera y brillante selección artística. No puede, no, referirse cómo Nerón divagaba en esta suerte de festividades y cómo decía cosas inconexas, flaco de suyo, no sólo en inspiración, hasta en memoria. Oigámosle; y sólo así, oyéndole, podremos formarnos idea clara de sus vaguedades en la expresión del pensa-

miento, muy parecidas á las indeterminaciones en el ejercicio de su voluntad, vaguedades é indeterminaciones recrudescidas en la situación que por aquel momento atravesaba, entre las insinuaciones de Agripina para que asociase Británico al trono y el intento suyo de inmolar á Británico.

— Cuanto habéis dicho y hecho en mi presencia, pobre poeta y músico, hame concitado á cantar el amor. Cantándolo, imito á los dioses, quienes, en sentir de nuestro maestro Epicuro, celebran en el reposo de su Olimpo la voluptuosidad. ¡Oh Priapo! Compañero de las ninfas que van por las campiñas convidando con besos y camarada de Baco; hijo de Venus que te ha con la vida infundido todos sus ardores; protector de aquella isla de Lesbos, en cuyas aguas apagó Safo su cuerpo voluptuoso como pudiese apagarse una brasa en un lebrillo; legislador divino de la verde y regocijante Thasos; tú, rey de nuestros frescos bosquecillos, que recibes y aceptas en Hypepe la mirra é incienso quemados por los lidios junto á tus narices, oye mi voz, atiende á mi súplica y dame fuerzas, pues me hallo como aquel á quien quitaste la posibilidad de amar por haber malherido á su padre que le manchó con su sangre y profanado los altares en que te debió presentar ofrendas y plegarias: no me flaquea el corazón, enamorado siempre; otro inefable órgano de mi cuerpo me flaquea, y para que lo prosperes te ofrezco una libación sacra de hidromiel divina, un cabritillo de dorados cuernos y una oda como estas que sabrán envidiarme y aprenderse los primeros poetas. Yo puedo arrancarle sus brillantes vestiduras á la Naturaleza; volver á su fuente los ríos, si me place, y apagar con un soplo los astros como las luces de este festín; hacer que vengan los tigres á lamerme como corderos las manos y los buitres á regalarme como ruiseñores los oídos; convertir los huracanes en aurillas y los océanos en estanques; hacerme del cielo azul un circo y de la luna un argénteo carro; convertir los filtros de Circe la encantadora en venenos y apagar el sol en desiertos de cenizas, ¿y no podré renovar mis fuerzas para los goces del amor? Ayúdame, ayúdame porque siento una voluptuosidad tal en todas las fibras y moléculas del cuerpo mío, que de buen grado llevaría la Naturaleza entera sin escrúpulo á mi lecho, para convertirla en mi esposa y gozarla con todo mi ser.



Y tras tal esfuerzo de anhelo erótico, Nerón cayó de espaldas sobre su lecho como un borracho, roncando con los ronquidos de una brutal embriaguez y estremeciéndose con los estremecimientos de una violentísima epilepsia. Tigelino y Othón, después de haber consultado sus relojes y visto que aún era oscuro, antes de que la cercana luz del próximo día revelase á los romanos en qué su emperador consumía las noches, lo metieron, como una res, en la litera y se lo llevaron al Palatino. Así pasó la neroniana cena del célebre Trimalción.



## CAPÍTULO VII

### PROYECTOS DE BODAS

Después de haber los tres camaradas respectivamente dormido la mona que tomaran cada cual en la cena de Trimalción, nuevamente á las doce horas no cumplidas se congregaron, anhelosos de recomenzar sus hazañosas noches. Poco á poco Nerón se había ido cansando del filosofar eterno de su maestro Séneca y del pomposo componer de su compañero Lucano, decididos á resucitar bajo el imperio una virtud con el imperio tan incompatible como la virtud republicana, inclinándose por impulso de tales desvíos al bajo Tigelino y al noble Othón, especie de terceros, por cuyas manio-  
bras alcahuetescas, perdónese la palabra, pues no hay otra más expresiva en el idioma castellano, recogía todos los placeres posibles en la cima y en la base de aquella sociedad: que nadie tan de intermedios y de intermediarios necesitado cual un emperador. Aquellos dos personajes no tenían pero. Adúltero Tigelino con Agripina; expulsado de Roma por Calígula; entre bandido y pirata en Calabria; reintegrado merced á cohechos facilitados por una inesperada herencia en la ciudad; chalán en los mercados de bestias; cabeza